

Actividades y vida cotidiana

Un tiempo que necesita tiempo

Mon Ballester, Teresa Godall

Este artículo es una reflexión conjunta entre tutora de universidad y maestra de escuela. Un estudio abierto, a partir de la observación, pensando en la necesidad del tiempo de los niños y niñas en la escuela. No quiere aportar soluciones ni demostrar teorías, porque se centra más en la vivencia del tiempo y en cómo nos la imaginamos en una escuela concreta. Hemos leído y nos hemos impregnado de autores y pensadores para que nos ayuden a estar más cerca de lo que podríamos llamar *tiempo de infancia*, sin olvidar la necesidad de nuestro propio tiempo.

▣ **PALABRAS CLAVE:** cumplimiento de necesidades, juego, ambientes, tiempo de acogida, familia, momento de la fruta.

Nos preguntamos, en primer lugar, qué y cuánto tiempo necesitamos nosotros para estar bien con nosotros mismos, sobre todo cuando algo nos hace perder la calma. ¿Y en el caso de los niños y las niñas? ¿Este tiempo será el mismo? Mire-

mos el tiempo del niño. ¿La vivencia de su tiempo y el de cada uno de nosotros tienen que ver con la libertad o con la expresión propia? ¿Con la calma o con las prisas? ¿Con el bienestar o con la obligación?... Quizá con nada de todo esto.

En este artículo no nos proponemos alimentarnos de esta dualidad. Lo que pretendemos es explicar la reflexión sobre la práctica llevada a cabo a partir de las observaciones que hemos realizado en una escuela de nueva creación. No se trata de una



Escuela Infantil El Molí de Les Planes

escuela ubicada en la red de escuelas libres; pero, no obstante, procura ser una escuela del bienestar. Observamos el tiempo de los niños y niñas partiendo de la romántica idea de Rousseau que Domènech (2009) rescata en su libro:

La infancia tiene su manera de ver, de pensar y de sentir, y sería muy estúpido que intentáramos sustituirla por la nuestra.

Pensar la escuela que queremos requiere reflexionar sobre el tiempo entendido como estructura que organiza la vida que se comparte, y para ello necesitamos descubrir el criterio o los criterios que ordenan nuestras vidas con las criaturas. Pensamos que el criterio principal es, sobre todo, el cumplimiento de las necesidades de los niños y de los adultos que convivimos en ella.

El tiempo de los niños: un ajuste a sus necesidades

La primera necesidad que destacamos es que **el niño necesita hacer, mirar, moverse**. El actuar –aunque sea recogiendo una pequeña migaja de pan–, el mirar del niño de manera abierta o concentrada, nos ayuda a conectar con él, con su expresión focalizada. El niño es activo y juega, y así crece, y no solo físicamente. Entendemos el juego desde la perspectiva piagetiana, desde la acción. El niño no juega para aprender, porque no se trata de voluntad, sino que aprende porque su acción es ligera e intensa como el juego.

Si hacemos referencia al tiempo de la infancia, tenemos que hablar de juego; es necesario. Jugando, los niños construyen conocimiento sobre los objetos, sus cualidades y posibilidades. Jugar les permite tomar decisiones, sin dramáticas consecuencias; combinar, comprobar, desarrollar la imaginación y la creatividad. Será necesario, como dice Tardós (2005), hacer lo posible para que el niño pueda pasar todo su tiempo jugando en calma y tranquilamente.

Cada una de las criaturas a las que acompañamos en esta escuela dispone de lo que podríamos describir como un programa interno, la autopoiesis de Maturana y Varela, que tiene que ver con la estructura que permite hacernos a nosotros mismos –con todo el potencial y la energía que cada uno tiene para hacerse a sí mismo– desde los impulsos internos y en coherencia con nuestro momento evolutivo.

Si pensamos en el desarrollo evolutivo de los niños pequeños, y al mismo tiempo reflexionamos sobre el tiempo que les ofrecemos en la escuela, necesitamos detenernos para hablar de la preparación de ambientes y el adecuado acompañamiento que el adulto hace en todos ellos, teniendo presente que

La preparación de ambientes de juego debe partir de las necesidades afectivas, motrices y sensoriales

cada niño ha de satisfacer sus necesidades afectivas, motrices y sensoriales para desarrollarse (Wild, 2007). Coincidiendo con El Martinet (2010):

Los niños y las niñas de estas edades aprenden por impregnación; es decir, a partir de su propia experiencia. Por tanto, necesitan sentir corporalmente, imitar, probar, equivocarse.

El tiempo de los adultos: construir el entorno

A partir de nuestra observación en la escuela, constatamos que el adulto prepara con tiempo cada ambiente y cada detalle día a día, antes de la llegada de los niños y niñas. Nos ayuda saber que el tiempo de juego de las criaturas, su ocupación, puede ser infinita o momentánea; puede tener que ver con un ir y volver o con un quedarse. Puede ser un tiempo solitario y silencioso, o un tiempo que arrastra compañías. Lo que hay de común en esta idea del tiempo de juego y de actividad es que ha de ser un tiempo que necesita tiempo. Comenta Hoyuelos (2006), que los niños no se mueven por la medida del reloj. Así pues, entendemos que no podemos pensar en una estructura fragmentada de un viejo concepto de escolaridad. Para los niños y las niñas, el tiempo es el tiempo de la ocasión (Jullien, 1999), el de la oportunidad de los instantes, a veces buscados, a veces inesperados. Como dice Hoyuelos (2006), estos instantes surgen

HABLAMOS DE... EDUCACIÓN Y VIDA COTIDIANA

Organización de los horarios
escolares | 0 a 6



Escuela Infantil El Molí de Les Planes

del flujo y de los trayectos vitales del propio crecimiento del niño. Y añadiríamos: en un hacer y deshacer no siempre previsible.

Cuando los adultos pensamos qué tiempo necesitan los niños en la escuela, podemos olvidar el primer tiempo vital, el de la familia. De ahí la necesidad de replantearnos el *tiempo de acogida*, en el que debemos incluir aquello que denominamos tiempo de familiaridad o de adaptación. Lo primero que nos cuestionamos es qué necesidad tiene el niño pequeño de separarse de su madre, ya que puede ser una ruptura no deseada. Nos preguntamos qué necesita el adulto (familiar o no) que acompaña a la criatura a la escuela y que sabe que tiene que *dejarla*. Nos parece que esta experiencia difícil de separación que se repite diariamente, a veces durante meses, puede ser muy diferente si la madre o el padre descubren que la escuela tiene un lugar para ellos y que pueden sentirse igualmente acogidos, igualmente

acompañados por profesionales. Que tienen un tiempo para abrir el corazón y tomarse el tiempo para darse cuenta del valor de la confianza. Es quizá uno de los grandes sentimientos que el niño necesita sentir.

En la escuela, sabemos que el vínculo del niño con su familia es lo que lo nutre y sustenta. Sabemos que no podemos crear estrés, que no podemos ir con prisas, ni en estos primeros momentos de separación, ni en ningún momento de las diarias despedidas que se producirán cada mañana a lo largo del curso.

Construimos el entorno de la escuela pensando en pequeños rituales que ayudan a entender la estructura del día a día, sin fragmentar de manera rígida ni los tiempos de los mayores, ni, sobre todo, los tiempos de los pequeños. Un ejemplo de esta transición de actividades en nuestra escuela es la fruta que aparece a media mañana. Una ocasión, no solo para calmar el ape-

tito, sino para comentar lo que ha sucedido antes, y que permite dar pistas de aquello que aún queda por llegar. Pero, sobre todo, es un momento para hablar del propio ritual, de cómo nace el interés del niño y se configura un grupo de encuentro, espontáneo. Un tiempo para mirar a los ojos de los niños y hablar de lo que sucede. Pequeños rituales que nos ayudan a reconocer lo que podemos sentir y lo que hacemos. El adulto, con o sin palabras, ordena la vida de la colectividad y la de los niños y niñas que viven en ella. Se ordena también su propia actividad y le hace estar centrado en todo el grupo y en cada niño, especialmente durante los momentos de cambio.

La fruta no se prepara a una hora exacta, pero su momento configura el encuentro entre apetito, costumbre y cultura. El reloj biológico modifica la intensidad de atención del juego de los niños, pero el reloj ayuda a las profesionales. Así, la primera que dispone de tiempo va a la cocina, prepara la fruta y la dispone agradablemente en un espacio determinado. Es una manera de anticipar los cambios naturales de todo el grupo, a pesar de que no se fuerza, ni siquiera se invita a sen-

Hay que incluir un tiempo de acogida, sin prisas, para los primeros días y durante todo el curso

tarse a los niños. Más bien se informa de que los platos están en la mesa a aquellos que están inmersos en otras actividades.

El adulto ofrece este tiempo y asume la estructura del mismo, el orden, la cadencia de los diferentes momentos, y se siente flexible a lo que acontece, ya que es el niño el que se toma su tiempo para venir, sentarse, comer y dar por acabado este encuentro. Creemos que esto le hace sentirse más integrado y más seguro en este espacio lejos de casa.

El tiempo del adulto implica preparar los espacios, anticipar los ambientes y los materiales, establecer la regula-

ridad de un orden de acontecimientos, inicialmente externos al niño, que llegan a ser suyos en la medida que la costumbre de la comunidad adultos-niños encuentra una intersección entre cultura de niño, cultura profesional y proyecto de escuela. ■

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- DOMÈNECH, J. (2009): *Elogio de la educación lenta*. Barcelona. Graó.
- EL MARTINET (2010): *Entramados*. Ripollet. El Martinet.
- HOYUELOS, A. (2006): «Vivir los tiempos emocionados de la infancia», en *Temps per Créixer. VII Jornadas de Educación Infantil* (20-21 octubre). Barcelona, pp. 15-30.
- JULLIEN, F. (1999): *Tratado de la eficacia*. Madrid. Siruela.

TARDÓS, A (2005): «Les activitats dirigides». *Infància*, núm. 147, pp. 12-16.

WILD, R. (2007): *Aprender a vivir con niños*. Barcelona. Herder.

HEMOS HABLADO DE:

- Organización de los horarios escolares. Calendarios.
- Gestión y organización social del aula.
- Formación y desarrollo del profesorado.
- Desarrollo profesional.

AUTORAS

Mon Ballester Ayala

Escuela Infantil El Molí de les Planes. Les Planes de Sant Cugat (Barcelona)
currutacu@yahoo.es

Teresa Godall Castell

Universidad de Barcelona
tgodall@ub.edu

Este artículo fue solicitado por AULA DE INFANTIL en junio de 2014 y aceptado en julio de 2014 para su publicación